

**ROWAN HOOPER**

**Cómo gastar un billón de dólares  
Para acabar con las enfermedades, revertir  
el cambio climático, erradicar el hambre,  
colonizar Marte y salvar el planeta**



Traducción de Lucía Barahona

Título original: *How to Spend a Trillion Dollars*

Diseño de colección y cubierta: Setanta

[www.setanta.es](http://www.setanta.es)

© de la ilustración de cubierta: Cristóbal Fortúnez

© de la fotografía del autor: David Stock

© del texto: Rowan Hooper, 2021

Obra originalmente publicada por Profile Books

© de la traducción: Lucía Barahona, 2021

© de la edición: Blackie Books S.L.U.

Calle Església, 4-10

08024 Barcelona

[www.blackiebooks.org](http://www.blackiebooks.org)

[info@blackiebooks.org](mailto:info@blackiebooks.org)

Maquetación: David Anglès

Impresión: Liberdúplex

Impreso en España

Primera edición: febrero 2022

ISBN: 978-84-18733-82-6

Depósito legal: B 19348-2021

Todos los derechos están reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación sin el permiso expreso de los titulares del copyright.

*Para mi madre, Mary*



# Índice

Introducción: Proyecto Billón	5
1. Equilibrar las diferencias entre las personas	11
2. Curar todas las enfermedades	31
3. Cero emisiones de carbono	61
4. Salvar la vida en la Tierra	95
5. Establecernos fuera del planeta	129
6. Encontrar extraterrestres	155
7. Rediseñar nuestro planeta	185
8. Conseguir que el mundo se vuelva vegano	225
9. Descubrir una nueva realidad	257
10. Segunda génesis	283
Epílogo: Cómo gastarlo	313
Agradecimientos	321
Notas	325
Índice onomástico	351



## Introducción

# Proyecto Billón

¿Conocéis esa fantasía en la que de pronto accedéis a una gran fortuna? Podríais comprar un castillo o una isla tropical donde esconderos, ayudar a todos vuestros amigos, hacer algo bueno en el mundo. Pero ¿y si se tratara de una suma verdaderamente increíble? ¿Y si tuvierais un billón de dólares para gastar y un año para hacerlo? ¿Y si las reglas del juego consistieran en que tenéis que hacerlo mejorando el mundo? Es decir, marcar una auténtica diferencia en la vida de las personas, en la salud del planeta o en el avance de la ciencia.

Un billón de dólares —eso es un millón de millones de dólares— es una cantidad de dinero absurdamente inmensa pero, al mismo tiempo, no lo es tanto en el esquema general de las cosas. Representa más o menos el 1 por ciento del PIB mundial. Es lo que Estados Unidos invierte cada año y medio en las fuerzas armadas (o en menos tiempo en caso de que haya una gran guerra). Es una cantidad que puede improvisarse con facilidad a través del humo y los espejos de la flexibilización cuantitativa, que oficialmente es la compra masiva de bonos del Estado pero que en realidad se parece de forma sospechosa a la creación espontánea de dinero. Tras el colapso financiero de 2008, solo en Estados Unidos se procedió a la flexibilización cuantitativa de más de cuatro billones y medio de dólares.<sup>1</sup> El resto

de grandes economías generaron su propio dinero de esta forma fantasmal.

Pero los gobiernos no son los únicos que disponen de esta cantidad de dinero. Dos de las mayores empresas del mundo, Microsoft y Amazon, están valoradas en más de un billón de dólares; las acciones de Apple Computer, en dos billones. El director ejecutivo de Amazon, Jeff Bezos, tiene una fortuna personal de alrededor de 190.000 millones de dólares, y en 2026 podría convertirse en el primer billonario del mundo, mientras que el 1 por ciento más rico del mundo posee en conjunto la asombrosa cantidad de 162 billones. Esto es el 45 por ciento de toda la riqueza global.<sup>2</sup>

Hay muchísimo dinero dando vueltas por ahí. A principios de 2020, las empresas de capital privado tenían 1,45 billones en lo que ellos denominan «polvo seco» y la gente de a pie, «efectivo»: montones de dinero a la espera de ser invertido.<sup>3</sup> Imaginad lo que podríais hacer con él. Con un poco nada más, con un mísero billón de dólares. Podríais enviar sondas a través del sistema solar. Erradicar la malaria... ¡qué digo! Podríais curar todas las enfermedades. Iniciar un asentamiento en la Luna. Lanzar una misión interestelar a otra estrella. Construir un acelerador masivo de partículas para explorar como nunca antes la realidad de la naturaleza. Acabar con la pobreza global. Crear nuevos tipos de ordenadores cuánticos y tratar de desarrollar una consciencia artificial. Trabajar para incrementar la esperanza de vida humana. Por otro lado, tal vez podríais intentar que el mundo realice la transición a las energías renovables. Comprar y proteger las selvas. Tratar de salvar a todas las especies en peligro de extinción. Volver a congelar el deshielo del Ártico. Reducir la cantidad de dióxido de carbono (CO<sub>2</sub>) en la atmósfera. Poner en marcha una revolución agrícola innovadora y sostenible. Incluso podríais crear una nueva forma de vida.

Si os parece que me estoy dejando llevar, permitid solo que os diga que todas estas ideas son proyectos en los que los científicos ya están pensando, e incluso trabajando en ellos, pero se ven obstaculizados por la falta de recursos. El mundo está lleno de oportunidades extraordinarias, aunque la gran mayoría jamás se llevan a cabo. Los desafíos que sí se abordan generalmente fracasan o solo avanzan de forma imperceptible y con una lentitud exasperante. Y los problemas del mundo, la mayoría de los cuales los hemos creado nosotros mismos, son tan caros de solucionar que se dejan a la deriva o se lanzan de una patada al futuro para que sean otros los que lidien con ellos; el cambio climático es el más evidente de todos. Muchas de las oportunidades no llegan a ver la luz por falta de financiación o de una voluntad política y social para ejecutarlas. Figuran entre las ideas más brillantes, audaces y de categoría que los humanos han tenido nunca, y abordan algunos de nuestros mayores desafíos. Con un billón de dólares podríais hacerlas realidad. Como mínimo, os lo podríais pasar muy bien intentándolo. Ése era mi punto de partida cuando me dispuse a escribir este libro.

Y entonces nos golpeó el coronavirus.

De repente, como sucedió después de 2008, se encontró otra vez dinero. En marzo de 2020, el Congreso de Estados Unidos aprobó un paquete de estímulos económicos por valor de 2,2 billones de dólares destinado a mitigar el impacto del coronavirus; a lo largo del año terminaron creándose otros dos billones de dólares. En torno a la misma época, los líderes del grupo de naciones que forman el G-20 acordaron una política de estímulo fiscal de cinco billones de dólares. La Unión Europea aprobó un plan de rescate económico de un billón de euros. En junio de 2020, la Agencia Internacional de la Energía estimaba que, en cuestión de meses, los gobiernos de todo el mundo gastarían nueve billones de dólares en activar sus economías tras la pan-

demia; otra valoración situaba esa cifra en los doce billones.<sup>4</sup> En 2020 se crearon en todo el mundo más de seis billones de dólares por medio de la flexibilización cuantitativa.<sup>5</sup>

En estos momentos se están fragmentando, dividiendo, asignando, desviando decenas de billones de dólares en paquetes de estímulos económicos. ¿Y si nosotros pudiéramos gastar todo ese dinero en metálico? Si tan solo pudiéramos desviar una parte de él, arañar un poquito por allí y otro por allá a los gobiernos y a los bancos, o flexibilizar cuantitativamente la existencia de un billón de dólares y gastarlo antes de que alguien se diera cuenta. Imaginad las posibilidades. Imaginad lo que podríamos conseguir. ¿Qué podría hacer, por ejemplo, la Organización Mundial de la Salud (cuyo presupuesto anual es de solo 4.800 millones) con un billón de dólares para una campaña mundial de vacunación y tratamiento del SARS-CoV-2? ¿O si cedieran esta cantidad de dinero al Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC, siglas del inglés *Intergovernmental Panel on Climate Change*, y con un presupuesto anual de doscientos millones de dólares) y le pidieran que lo invirtiera en mitigar el impacto del calentamiento global? Un billón de dólares realmente podría cambiarlo todo. De eso trata este libro. En la respuesta al coronavirus hemos comprobado que la posibilidad de encontrar dinero existe. Y a lo largo de todos estos meses de confinamiento y distancia social hemos visto que los cambios en la civilización son posibles. De hecho, estamos empezando a reconocer que deben llevarse a cabo. Mientras escribía este libro pensaba a menudo en Lin-Manuel Miranda cantando «I'm not throwing away my shot» ('No voy a desperdiciar mi oportunidad') en el musical *Hamilton*. Ésta, la conmoción y la posibilidad de volver a empezar que nos ha proporcionado el coronavirus, es nuestra oportunidad. La victoria de Joe Biden en las elecciones presidenciales estadounidenses de 2020 posibilita un cambio drástico.

Ahora bien, en primer lugar vamos a establecer una serie de reglas básicas. ¿Conocéis la película *El gran despilfarro*? El personaje de Richard Pryor tiene que gastar treinta millones de dólares en treinta días a fin de heredar una fortuna de trescientos millones de dólares, pero no le está permitido poseer activos de ningún tipo ni regalar dinero. Conforme al reglamento del Proyecto Billón, nuestro gasto debe estar, en líneas generales, dirigido a salvar tanto a la humanidad como al planeta. Puede emplearse en la mejora del bienestar humano, en la protección y en la recuperación del medio ambiente, en el avance científico y en el incremento de nuestras reservas de conocimiento, pero no puede utilizarse para formar una nueva nación-Estado, ni para desestabilizar otras existentes ni tampoco puede destinarse, de ninguna manera, al ejército, a los medios de comunicación o a fines políticos o de inversión, entre los que se incluye el estímulo fiscal. Sería tentador comprar Fox News (valor: veinte mil millones de dólares) y reconvertirla en una empresa de medios de comunicación políticamente independiente, o gastarse miles de millones en grupos de presión para, por ejemplo, invertir en energías renovables y apoyar a los políticos dispuestos a enfrentarse a las empresas de combustibles fósiles. En este sentido, tal vez queramos usar nuestro billón como una carga fiscal en la balanza para forzar la implementación de un impuesto sobre el carbono. También fantaseé con la idea de fundar una religión; quizás en otra ocasión. Sin embargo, quería que el Proyecto Billón se mantuviera dentro de los parámetros de la realidad. Habrá suficiente en lo que pensar si limitamos el gasto simplemente a proteger el futuro de la humanidad y de todas las formas de vida terrestres.

Estamos sentados sobre un montón de dinero, flotamos en un océano de efectivo. En cada uno de los siguientes diez capítulos selecciono un megaproyecto —o, con frecuencia, una colección de proyectos— y me planteo cómo un billón de dólares

podría hacerlos realidad. Es una lista personal, una mezcla de soluciones a los problemas más grandes y acuciantes del mundo, y temas que me entusiasman, conmueven y activan. Proyectos en los que trabajan los científicos más importantes del mundo y problemas que, por el bien del mundo, necesitan una solución.

El reloj está en marcha. Empecemos a gastar.

## Equilibrar las diferencias entre las personas

***OBJETIVO:** Erradicar la pobreza mundial. De manera específica, elevar a los millones de personas que viven en la extrema pobreza por encima del umbral de la pobreza, liberarlos de la trampa de la pobreza y establecerlos de por vida en un nivel superior a los dos dólares de subsistencia diaria.*

En el proceso de investigación que me ha llevado redactar este libro, solo una de las decenas de personas con las que he hablado (un profesor de Harvard, casualmente) se negó a seguirme el juego con la premisa: gastar el dinero en cosas. Me dijo: «Deberías dar el dinero a los pobres». «Sí, pero esto no es más que un experimento teórico —le respondí—. ¿Y si no pudiéramos donárselo y tuviéramos que gastar el dinero en, por ejemplo, un proyecto científico?» Pero él insistía: «No, es moralmente incorrecto y deberías entregárselo a los pobres». Como si en realidad yo tuviera el dinero y fuera a gastarlo en algo con lo que él no estuviera de acuerdo. En un primer momento sentí frustración, pero luego pensé, vale, vamos a ver. ¿Qué pasaría si donáramos todo el dinero?

A la pregunta de si deberíamos regalar el dinero público, la respuesta a menudo suele ser otra pregunta: «¿No lo malgas-

tará la gente?»). Claro, es una posibilidad. Pero en la práctica, poner en cuestión cómo gastará el dinero la gente pobre es lo mismo que preguntarse si lo primero que deberíamos hacer es tratar de aumentar sus ingresos. Y la respuesta a esta pregunta es, sin duda, sí. A medida que superemos la crisis del coronavirus, la forma de reconstruir el mundo ha de ser verde y sostenible, pero también inclusiva e igualadora.

Incluso con los enormes desafíos económicos que ha puesto sobre la mesa la pandemia global, vivimos en la sociedad más rica que el mundo ha conocido jamás. Nuestros recursos, y me refiero a los nuestros como sociedad, no al billón de pavos que llevamos en el bolsillo del pantalón, son muy superiores a los de los emperadores, reinas y caciques más ricos del pasado, y sobrepasan la imaginación de la mayoría de los miles de millones de personas que alguna vez han existido. Si disponemos de los medios, deberíamos tratar de sacar a la gente de la pobreza. Es así de simple.

O por lo menos eso es lo que parece hasta que intentas hacerlo. ¿Construimos carreteras? ¿Sistemas de alcantarillado? ¿Deberíamos subvencionar la educación? ¿Pagar por una mejor atención a la salud reproductiva femenina? ¿Mejorar la nutrición? ¿Deberíamos simplemente comprar una vaca a toda la gente pobre y ya está?

En efecto, algunos programas de ayuda compran ganado para la gente, pero a veces con esto no se consiguen los mejores resultados. No todo el mundo quiere una vaca. Proporcionar alimento, agua y un hogar a una vaca es una carga. La gente dice: «Mira, gracias, de veras, pero ¿puedo simplemente quedarme con el dinero que ha costado comprar la vaca y yo mismo decidiré cómo gastarlo?». Las vacas no son lo que los economistas llaman *bienes fungibles*. No pueden intercambiarse con facilidad. Y, además, tampoco son respetuosas con el medio ambiente.

Lo mismo sucede de manera frecuente con la ayuda alimentaria o los suministros médicos. En situaciones graves de hambruna, los paquetes de harina y azúcar son bien recibidos, pero de lo contrario la gente prefiere semillas; a ser posible, semillas de cultivos preparados para crecer en las condiciones autóctonas. «Mejor todavía —dicen—. Darnos simplemente el dinero.» Los que reciben mosquiteras por medio de programas bienintencionados de control de la malaria pueden terminar usándolas para pescar. Los paquetes de emergencia de crema de cacahuets Plumpy'nut, las mosquiteras de cama contra la malaria e incluso las bombas para el pozo del pueblo pueden ser muy útiles en las condiciones adecuadas, pero, aun así, la gente preferiría el efectivo.

\* \* \*

La idea de regalar dinero, no tanto como una obra de caridad sino como una forma mejorada de dirigir una sociedad, viene de muy lejos. Comienza con la idea, planteada por primera vez por Thomas Paine en 1797, de que los terratenientes deben pagar un impuesto de sucesiones que se utilizaba para financiar una renta básica para todos. Con el paso del tiempo, muchos otros pensadores, autores y políticos han especulado con la idea de pagar a todos los ciudadanos una cantidad determinada al mes, independientemente de si han trabajado o no. Por asombroso que parezca, en 1969, bajo la administración Nixon estuvo a punto de promulgarse una propuesta similar, el impuesto negativo sobre la renta, pero fue rechazada por los demócratas, que consideraban que los pagos eran demasiado exigüos.

Desde entonces, la desigualdad económica en Estados Unidos ha ido en aumento hasta alcanzar niveles alarmantes; el economista Thomas Piketty ha señalado que «probablemente sea

más alta que en cualquier otra sociedad en cualquier momento del pasado y en cualquier parte del mundo».<sup>1</sup> Estados Unidos es la nación más rica que ha conocido la historia y, sin embargo, sus niveles de pobreza son más elevados que los de cualquier otra democracia occidental. ¿Y si Nixon hubiera logrado que el Congreso aprobara su impuesto negativo sobre la renta? (Esto del «¿y si?» es un ejercicio inútil; a menudo vuelvo al «¿y si?» sobre el recuento de votos en Florida en el año 2000 y en las elecciones de George W. Bush, pero el «¿y si?» de Nixon resulta igual de intrigante y desmoralizador.)

Antes incluso de que nos golpeará el coronavirus, la idea de la renta básica universal (RBU) contaba con una serie de partidarios tan diversos como Charles Murray (del grupo de expertos de derechas American Enterprise Institute), Mark Zuckerberg, Elon Musk, Hillary Rodham Clinton y Black Lives Matter. Cuando la pandemia cambió el mundo, se renovaron los llamamientos a favor de la RBU. Un ingreso garantizado podría —según afirmaban sus defensores— amortiguar el impacto económico del virus, e incluso reducir su expansión, porque muchos trabajadores no estarían obligados a ir a trabajar en caso de padecer la enfermedad. En Irlanda se realizaron algunos pagos tipo RBU a personas que se habían quedado sin trabajo a causa de la pandemia,<sup>2</sup> y en Estados Unidos millones de ciudadanos recibieron un pago único de 1.200 dólares. La congresista Alexandria Ocasio-Cortez vio la crisis como una oportunidad y pidió una revisión de la RBU.<sup>3</sup> El apoyo a la RBU se vio impulsado por los resultados de un ensayo que se llevó a cabo en Finlandia en 2017 y 2018, en el que dos mil personas recibieron un pago mensual sin condiciones de 560 euros. Los resultados demostraron que la gente que obtenía esta ayuda trabajó seis días más en el periodo de dos años que el grupo de control compuesto por 173.000 personas con derecho a un subsidio de desempleo estándar, y que los receptores de la RBU

asimismo obtuvieron puntuaciones más altas en el ámbito del bienestar financiero y la salud mental.

Es caro, no obstante. Andrew Yang, el emprendedor que fuera candidato a las elecciones presidenciales de Estados Unidos en 2020, proponía un pago mensual de mil dólares a todos los estadounidenses. Como idea es muy bonita, pero supondría un coste anual de 2,8 billones de dólares, cuando el presupuesto anual total del gobierno federal norteamericano es de tan solo cuatro billones de dólares, por lo que es difícil imaginar cómo podría funcionar. Y claramente tampoco es para nosotros. Estamos dotados de riqueza, pero ni siquiera tenemos el dinero suficiente para poner en marcha un plan de renta universal para todo Estados Unidos, y mucho menos para el mundo entero. De modo que, si queremos regalar nuestro dinero, necesitamos desarrollar un razonamiento diferente.

Vamos a hacer algunos cálculos improvisados. Si dividimos un billón en partes iguales entre la población mundial de siete mil setecientos millones, cada persona recibiría la cantidad de 130 dólares, es decir, que (en buena parte) no les cambiaría la vida. Una de las mayores objeciones para una renta básica universal es que las personas difieren con respecto a su situación de partida. En el supuesto de que iniciáramos un plan de mil dólares, estaríamos dando ese dinero en efectivo a gente pobre, pero también a multimillonarios. Así que, en aras de la simplicidad y la eficacia, excluiríamos de nuestros cálculos a la población de los países desarrollados. Mi argumento para ello, en absoluto irrefutable, es que las personas que viven en la pobreza en Estados Unidos y en Europa occidental en su mayoría no fallecerán por desnutrición o enfermedad. No es mi intención subestimar la pobreza en los países occidentales; en Estados Unidos, por ejemplo, la pobreza se mide a partir de la renta familiar antes de pagar impuestos, de modo que si una familia de cuatro miembros ingresa 24.339 dólares o menos, se considera que vive en la

pobreza. Estamos hablando de 40,6 millones de personas. Estados Unidos sufre desnutrición y enfermedades que arruinan la esperanza de vida de algunos de sus habitantes, pero no hay inanición como en algunas partes de África y Asia meridional, y en el país hay un total de 607 multimillonarios.<sup>4</sup>

Por supuesto, actualmente hay multimillonarios en todas partes. La persona más rica de Nigeria, Aliko Dangote, tiene un patrimonio de 10.400 millones de dólares. Pero el alcance de la pobreza en Nigeria es tal que incluso en el supuesto de que Dangote decidiera una buena mañana, tal vez después de recibir la visita del Fantasma de las Navidades Futuras, regalar todo su dinero a los pobres de su país, este gesto no tendría mucho impacto. En Nigeria, noventa millones de personas viven en una situación de extrema pobreza, y cada una recibiría 115 dólares de la riqueza de Dangote. La persona más rica de la India es Mukesh Ambani, con una fortuna en torno a los 56.000 millones de dólares (dinero procedente del petróleo),<sup>5</sup> y, de nuevo, incluso si un impulso a lo Zuckerberg instara a Ambani a regalar el 99 por ciento de su riqueza, no resolvería el problema de la pobreza en su país. Más adelante retomaremos la idea de qué podrían hacer los multimillonarios si a todos les infectara el virus de la filantropía, pero, a efectos de este capítulo, parece evidente que el problema de mitigar la pobreza en el mundo en vías de desarrollo es mucho mayor que el de hacer lo mismo con la pobreza que existe en Occidente. Tenemos que trazar una línea en alguna parte.

Si excluimos a los habitantes de los países desarrollados y dividimos el billón de dólares en partes iguales, alcanzaría solamente a 161 dólares por persona. De modo que vamos a excluir a los que ganan por encima de ciertas cantidades. Según el Banco Mundial, cerca del 10 por ciento de la población mundial o, lo que es lo mismo, 760 millones de personas, ganan dos o menos dólares al día. (Esta proporción, por cierto, la de quie-

nes viven en la extrema pobreza, es la más baja que se ha dado en la historia de la humanidad.)

Si dividimos nuestro billón de dólares en partes iguales entre estos 760 millones de personas, cada una recibiría 1.315 dólares. Es una buena suma a todas luces, y una cantidad que te puede cambiar la vida si te encuentras en una situación de extrema pobreza. ¿Podríamos hacerlo de verdad? Me preocupaba la responsabilidad de tener este dinero; ¿no sería irresponsable y despilfarrador desecharlo de esta manera?

\* \* \*

Parece ser que algunos proyectos benéficos e investigaciones con financiación estatal han estudiado este escenario, y un conjunto cada vez mayor de pruebas sugiere que las transferencias de efectivo son el medio más práctico y eficaz de sacar a la gente de la pobreza. Organizaciones benéficas como Give Directly, así como gobiernos de países donde existe un Estado del bienestar, han ensayado diferentes métodos.

Algunas veces, se entrega a la gente una suma fija de dinero; otras, pueden recibir un pago mensual más pequeño durante un año o a largo plazo. En ocasiones el dinero se da sin condiciones; otras, los pagos incluyen instrucciones: debe destinarse a la educación infantil, por ejemplo. A veces el dinero se reparte entre todos los habitantes de una aldea, mientras que otros experimentos han observado qué sucede cuando solo lo reciben las mujeres.

Vamos a fijarnos en lo que conocemos. Antes que nada, la consabida pregunta: si les damos dinero, ¿no lo malgastarán?

Los escépticos argumentan que la gente pobre que cuenta con un ingreso no sujeto a ninguna condición se limitará a apostar y a derrocharlo. Se lo gastarán en alcohol, en tabaco o en otras travesuras que los economistas denominan *bienes de*

*tentación*. Ésta es la expectativa común. En Kenia, los contribuyentes de una organización benéfica expresaron su preocupación de que el dinero fuera a despilfarrarse en el consumo de alcohol. En Nicaragua, un funcionario gubernamental sugirió que «los maridos esperaban a que sus mujeres volvieran a casa para quitarles el dinero y gastárselo en alcohol». <sup>6</sup> Esto recuerda a la falacia del psicólogo de William James: la proyección de las preocupaciones propias en las de los demás.

Sea o no una falacia, se trata de una preocupación muy extendida, y ésta es una de las razones por las que los organismos de ayuda apoyan a comunidades empobrecidas o golpeadas por desastres naturales con bienes y servicios en vez de con dinero en efectivo. En lugar de romperse los cuernos sobre este asunto sin moverse de su sede de Washington D. C., el Banco Mundial decidió examinar las consecuencias reales de las transferencias de efectivo para averiguar qué ocurría realmente cuando se da dinero a la gente. El Banco realizó un exhaustivo análisis de treinta estudios de transferencias de efectivo a hogares pobres en Latinoamérica, Asia y África.

Se halló que de forma casi universal el dinero no se «despilfarraba» en tentaciones complacientes o frívolas; es más, a menudo las personas gastaban menos en tentaciones cuando recibían dinero extra. <sup>7</sup> Los autores del análisis, David Evans y Anna Popova, concluyeron que existen firmes indicios de que las transferencias de efectivo no se malgastan en cigarrillos o alcohol. «Sí disponemos de algunas estimaciones de Perú —admitían— que indican que existe una mayor probabilidad de que los beneficiarios compren un pollo asado en un restaurante o algunas chocolatinas al poco de recibir la transferencia.» Sin embargo, Evans y Popova confiaban en que ni siquiera el político más puritano escatimaría a los pobres un trozo de chocolate.

\* \* \*